

Las manos, pues, y rostro tú procura
Lavar con agua fresca
Y enjugar con toalla blanca y pura.
Y también la cabeza,
Los oídos, nariz, ojos, sobacos,

Por do escoria despides,
De limpiar á menudo no te olvides.
Ten de lavar los pies igual cuidado,
Y mantenerlos con calor templado.
.....

Ejemplos de tan increíble ineptitud poética podrian presentarse á millares. Pongamos el último. Así empieza un poema descriptivo, en octavas, á la proclamacion de Carlos IV en Toledo (1789):

Sabida la real órden de que el día
Diez y siete de Enero se aclamára
Á nuestro soberano, tu alegría
En tus disposiciones se declara....

¡Para cuándo dejan la prosa estos profanadores de la poesía!

Á esta prosperidad del prosaismo en el último tercio del siglo XVIII corresponde el ahinco con que los malos poetas cultivaban, sin tregua ni concierto, varios géneros de poesía artificial, prescritos en las poéticas con caracteres determinados. *Boileau*, comparando ingeniosamente el idilio y la égloga á una pastora que en los días de fiesta se engalana con flores, y no con rubíes ni diamantes, habia aconsejado el estilo humilde en la poesía campestre (1). ¡Qué cómodo asidero para los copleros que no se sentian con aliento para subir á los espacios del estilo sublime! La poesía cayó bajo el imperio de la égloga, y se hizo de todo punto falsa y ridícula; pues lo extraño es que estos amigos de las clasificaciones doctrinales las desnaturalizaban á su sabor. La *anacreóntica*, por ejemplo, destinada por los preceptistas á cantar la dulce alegría del amor y de los placeres, es empleada por el padre *Báguena* para disertar sobre *El hombre con relacion á la sociedad*. La moda de las églogas, especialmente, indujo hasta á los hombres de más claro talento á caer en impropiedades monstruosas. Para cantar las glorias de las artes, en la distribucion de premios de la academia de San Fernando, de 1754, escoge *Montiano* una égloga. ¡Qué ceguedad crítica la de aquel tiempo! *Montiano*, que se afana por hacer recobrar á las letras la cordura perdida, no ve cuán insensato es que rudos pastores se entretengan con sábias y elevadas pláticas, en que rivalizan la erudicion y el tono elevado. Hay en esta égloga un pastor *Menálcas*, disertado y erudito, que habla de las artes de Roma, Atenas y Palmira, y deja atras en magisterio estético á los mismos académicos de San Fernando.

Huerta quiere celebrar asimismo la distribucion de premios de la academia de San Fernando (2), y tampoco le ocurre forma más adecuada para este objeto que una égloga. Humildes pescadores, aterrados por una tempestad que ha destrozado la barquilla de uno de ellos, serenados de improviso y llenos de intempestivo gozo, empiezan á cantar en primoroso estilo, acompañados del caracol marino, no las emociones del mar ni los hechizos de la ribera, sino ¡quién lo diria! las excelencias de las nobles artes y los títulos de Carlos III á los aplausos de la historia. Aquellos toscos pescadores hablan de Trajano y discurren doctamente sobre la arquitectura, el grabado, la pintura y la escultura, como quienes se hallan familiarizados con sus procedimientos mecánicos, con su trascendencia histórica, con su objeto útil ó glorioso. ¡Pobre literatura la que trastorna ridiculamente las ideas, la que desconoce la sana inspiracion de la verdad, la que llega hasta lo absurdo, subyugada por el poder de la rutina!

Como el tono *humilde* de la égloga y su llanísima estructura ponian la poesía al alcance de todo el mundo, resultó de aquí que cualquiera se metia á poeta, y que todo se cantaba en

(1)
Telle, aimable en son air, mais humble dans son style,
Doit éclater sans pompe une élégante idylle.
Son tour simple et naïf n'a rien de fastueux,

Et n'atme point l'orgueil d'un vers présomptueux.
(L'Art poétique, canto II.)

(2) Actas de la academia (1760).

églogas, hasta las cosas más apartadas del campo y de sus apacibles y risueños deleites. Las bellas artes, un casamiento aristocrático (1), la muerte (2), la guerra (3), ¿qué cosa no se creyó entonces adecuada á la poesía campestre? Verdad es que de la impropiedad de pastores cultos, sabios y disertos, Virgilio mismo les habia dado ejemplo. En la égloga IV, *Polion*, levanta el tono hasta la profecía histórica; la égloga V, *Dáfnis*, es una apoteosis figurada de César; la égloga VI, *Sileno*, es un cuadro bellissimo de la filosofía de Epicuro. ¡Qué asuntos para la candorosa ignorancia de los rabadanes y de los pastores! Y por cierto que el poeta latino dice, al principio de la última égloga citada, que, al ir á cantar reyes y combates, Apolo le tiró de la oreja, diciéndole: «Titiro, cuadra al pastor apacentar rollizas ovejas y recitar sencillos versos.» Y ¿de qué manera atiende Virgilio la advertencia del dios? componiendo una de las églogas de más exquisita estructura, de más recóndito sentido, de versificación más esmerada, y, por decirlo así, más *académica*, que ha producido literatura alguna. *Boileau* no advertia sin duda que recomendar, como lo hizo, por una parte, las bellas églogas de Virgilio como el gran modelo de la poesía campestre, y prescribir, por otra, en ellas el estilo llano, humilde y candoroso, era incurrir en una contradiccion de doctrina. Pero no debe extrañarse mucho que los poetas del siglo XVIII, cuyo dogma de la imitacion en las artes venia á parar en que imitaban, ántes que á la naturaleza, á los modelos consagrados del arte mismo, adoptasen la égloga como un medio fácil, aunque impropio, de cantar cuanto venia á sus mientes.

En lo que ni Virgilio, ni *Boileau* podian servirles de escudo ó de disculpa es en esa insulsa metafísica de amor que emplean los amartelados zagales de las églogas italianas, francesas y españolas. *Garcilaso*, por un privilegio del cielo, sabia hermanar ó, mejor dicho, amalgamar, con habilidad peregrina en sus églogas el artificio de visibles imitaciones de la poesía latina é italiana con los deliciosos y sencillos acentos de la ternura verdadera, mientras que los poetas bucólicos del siglo XVIII no aciertan á cantar sino los *frios ardores* de un amor falso, prolijo y enmarañado, que no tiene ni sensibilidad ni gracia.

Más aceptables son, como más verdaderas, las groseras imágenes, hijas de una civilizacion materialista, que constituyen los requiebros que los pastores dicen á las zagalas en las églogas del paganismo. En las obras de Teócrito, de Virgilio y de otros poetas bucólicos de la antigüedad, las *Galateas* y las *Amarlilis* son más dulces que el tomillo hibleo, más blancas que la leche y el queso, más hermosas que la hiedra blanca, más delicadas que un cordero, más altivas que una ternera, y sus carnes más lisas y apretadas que el agraz. No pudiendo un galán moderno decir piropos de esta laya á falsas pastoras, que se pagaban más de un madrigal que de un elogio natural y sencillo, forzoso era apelar al ingenio, ponerlo en prensa, y decir cosas extravagantes y alambicadas. El mismo *Boileau*, en uno de esos felices instantes, que solia hallar en la sátira, en que no ofuscaban su elevado talento las preocupaciones pseudo-clásicas del preceptista, se burla con sal ática de las églogas cortesanas y de su bucólica ternura:

Viendrai-je en une églogue, entouré de troupeaux,
Au milieu de Paris enfler mes chalumeaux,
Et dans mon cabinet, assis au pied des hêtres,
Faire dire aux échos des sottises champêtres?
Faudra-t-il de sang-froid, et sans être amoureux,

(1) *Manzanares*. Égloga epitalámica, con motivo de los desposorios de doña María del Pilar Silva y Palafox, hija del Duque de Híjar, con el Conde de Aranda; por don Miguel García Asensio.

(2) *Los Pastores de Macharavialla*. Égloga á la muerte del excelentísimo señor Marqués de la Solora; por don José García de Segovia.

El Albino. Égloga á la muerte del Duque de Alba, por don Pedro de Salanova.

(3) *Titiro*. Égloga epinicia ó poema triunfal en elogio del bombardeo ejecutado contra Argel por el excelentísimo señor don Antonio Barceló, teniente general de la real armada, en 1783; por don Pedro de Salanova.

*Pour quelque Iris en l'air, faire le langoureux,
Lui prodiguer les noms de Soleil et d'Aurore,
Et toujours bien mangeant, mourir par métaphore?* (1).

No bastaban estas lecciones. La moda era más poderosa que el buen sentido. Continuaban gimiendo con místico primor, en las églogas, los enamorados zagales, dando á los lectores tentacion de exclamar, como el cura de Cervantes al topar con *el pastor de Félida* en el *donoso escrutinio*: «No es ése pastor, sino muy discreto cortesano.»

Las clasificaciones doctrinales han sido por lo comun manantial de poesía enfadosa y amanerada, y es triste ver á un *Quintana*, que no quiso poner nombre á sus magnificas composiciones líricas, enredado en estudiar si hay ó no diferencia entre la égloga y el idilio (2). Uno de los géneros de poesía más autorizados por ilustres ejemplos, y ménos defendibles ante la razon y el buen gusto, como contrario á la índole de la verdadera poesía, es el género didáctico. *Pintar, sentir, soñar*: ésa es la poesía; pero *jenseñar!* Nada hay en el mundo más laudable y meritorio; mas al propio tiempo nada de más prosáico y enfadoso linaje. Lucrecio, tan admirable y vigoroso, desciende á la tierra, del cielo poético en que vive, cuando analiza y explica con el minucioso, inflexible, descarado y hasta repugnante *realismo*, como se dice ahora, las causas y fenómenos de la reproduccion de las razas (3). Aquí la poesía está subordinada á la ciencia, y la poesía se degrada cuando, desmintiendo su noble esencia, llega á ser un mero arreo con que la prosa se encubre y se engalana. *Virgilio* mismo, en sus incomparables *Geórgicas*, no es más que un versificador brillante y esmerado cuando habla de la cría caballar, de las enfermedades de los animales y de otras cosas útiles, pero de carácter absolutamente rastrero. Y si *Lucrecio* y *Virgilio* son poetas de alta ley en sus obras didácticas, es porque á cada paso sus versos dejan de ser *didácticos* y adquieren el arranque lírico, la conmocion moral que les inspira la contemplacion de las bellezas de la naturaleza, sus misteriosas leyes, su inefable armonía. Cuando mueve su espíritu la hermosura de algun objeto, no describen como sabios; pintan como poetas. Recuérdese, por ejemplo, la viva y valiente descripcion que hace *Virgilio* del caballo (4), parafraseada con tanta elegancia y gallardía por *Pablo de Céspedes* en su poema de *La Pintura*.

Pero ¿qué es la poesía didáctica en manos de aquellos que carecen del númen soberano, que se sobrepone involuntariamente á las prescripciones de las poéticas? Ya lo hemos visto en el poema de *La Música*, de *Iriarte*.

Éste á la sazón ruidoso ejemplo alentó á escribir enfadosos poemas didácticos á hombres que ni siquiera tenían la facilidad, la cultura, la instruccion y el ingenio de aquel ilustre fabulista.

Don Diego Rejon de Silva, caballero murciano, oficial de la primera Secretaría de Estado, hombre estimable y laborioso, cultivador perseverante de las artes y de las letras, dió á luz, en 1786, *La Pintura*, poema didáctico, de aquellos que ni enseñan ni deleitan (5). La poesía y la pintura constituian el recreo de su vida. Dos años ántes habia publicado en la Imprenta Real una traducción anotada del *Tratado de la Pintura*, por Leonardo de Vinci, y de los tres libros que sobre el mismo arte escribió Leon Bautista Alberti.—En 1788 dió á luz en Segovia un *Diccionario de las Nobles Artes*, obra enteramente original y de no escasa importancia, por hallarse autorizadas las voces técnicas con textos españoles.

Ménos desmayada que el poema *La Pintura* es su fábula *Céfalo y Prócris*, en octavas jocosas, escrita en las mocedades del autor (1763); obra desaliñada y conceptuosa, pero no exenta de desenvoltura y donaire. No es de presumir que intentase *Rejon de Silva* emular en

(1) Sátira IX.

(2) *Varietades de Ciencias, Literatura y Artes*, tomo tercero; Madrid, 1804.

(3) *De rerum natura*, libro IV.

(4) *Geórgicas*, libro III.

(5) Llegó á ser *Rejon de Silva* individuo de la Academia Española. Murió en 1796. Habia publicado *Aventuras de Juan Luis*, historia divertida, etc. Ibarra (1781).

su fábula, ni la célebre comedia burlesca de Calderon, *Céfalo y Prócris*, ni el poema que con el mismo título publicó en 1639, entre sus *Rimas varias*, el licenciado de Antequera Jerónimo de Porrás. La fábula escrita por *Rejon de Silva*, aunque amena, no es más que el desahogo de la musa atrevida y juguetona de un mancebo, y no merece que la posteridad pare su atencion en esta obra, que sólo tiene mérito escaso y relativo.

Una de las señales más patentes del gran impulso civilizador que recibió la nacion española en el reinado de Carlos III, es el ardor y el espíritu analítico con que se cultivaron entonces la pintura, la escultura y la arquitectura. No bastaba la crítica elevada de los *Mengs*, de los *Pons*, de los *Cean* y de los *Jovellanos*; la poesía aspiraba á tomar parte en la propaganda doctrinal de las artes, y si bien rendía con ello á estas mismas artes un homenaje de admiracion y de entusiasmo, caía en un error poético fundamental.

Don Juan Moreno de Tejada, grabador de cámara, otro poeta que se hallaba todavía más distante que *Rejon de Silva* del vigoroso sentimiento poético de las artes, que habia animado las hermosas octavas de *Pablo de Céspedes*, en vez de emplear su voz cantando en versos líricos las maravillas de la pintura, se dejó llevar de la general manía de las composiciones didácticas, y escribió un poema erudito, pero glacial, *Excelencias del pincel y del buril*, con el cual nada ganaron el arte y la poesía (1).

Toda la ambicion de estos poetas sin poesía se cifraba en imitar á *Iriarte*, tomando por dechado una de sus obras ménos afortunadas. Pero ninguno blasonó de ello con tanta claridad como *don Félix Enciso*, autor del poema didáctico *La Poesía*. «La música, exclama, ha tenido un *Iriarte*. ¿Por qué su hermana, la poesía, no logrará igual suerte?» Miétras más noble y poético era el asunto, más triste era el fruto que de él sacaban estos menguados versificadores. ¡No fué esta vez la mala suerte de la poesía no encontrar un *Iriarte*, sino dar con un *Enciso*!

Otro poema de aquellos tiempos, tan lleno de presuncion como falto del númen lírico que anima á veces estas obras didácticas, es la *Filosofía de las costumbres*, del padre *Perez de Celis*, especie de tratado de moral, en veinte silvas, con más de diez mil quinientos versos, escritos en el más trivial y rastrero estilo. Pero ¿á qué cansarnos en una enumeracion que sería interminable? Ni *Los Aires fijos*, del arcadiano *Viera y Clavijo*; ni *Las Termas de Archena*, poema físico de *Ayala*; ni ninguno de los poemas de esta especie, inspirados por espíritu de rutinaria imitacion, pertenecen en verdad á la poesía que sabe idealizar las impresiones de la naturaleza.

El género didáctico, lo repetimos, si alguna vez, á pesar de su prosáica índole, ha producido bellezas de pormenor, como acontece, por ejemplo, en las *Geórgicas portuguesas* de Luis da Silva Mozinho d'Albuquerque, fácilmente degenera en monstruosidad poética cuando cae en manos de la medianía. Aquellos que no saben comprender ni sentir la noble y espiritual esencia de la poesía, atropellan, sin caer en ello, las leyes eternas del buen gusto, escudados con los fueros de la didáctica. ¿Qué mayor prueba que el carácter irremediamente antipoético de los asuntos de muchos poemas didácticos? *El arte de preservar la salud* (2); *El Ajedrez*; *El Gusano de seda* (3); *El Anfiteatro médico* (4); *Las Aguas minerales* (5); *Los veinte concilios generales* (6); *El Arte de confitar* (7): estas y otras materias de prosáica enseñanza han sido vanamente vestidas con los atavíos exteriores de la poesía. Si *Virgilio* mismo tiene que descender de su divina esfera para explicar en verso circunstancias vulgares de la vida rústica, ¿cuánto no ha de repugnarnos el jesuita frances *Jacques Vanière* detallando en su poema

(1) Publicó tambien una composicion poética *Al mérito de Alfonso Giraldo y Bergaz*, escultor de cámara de S. M. y director de la academia de San Fernando.

(2) De *Amstrong*.

(3) Estos dos poemas son del célebre preceptista *Marco Jerónimo Vida*.

(4) De *Le Camus*.

(5) De *Ségault*.

(6) De *Salanova*.

(7) De *Lebrun*.

La Casa de campo, especie de cartilla agraria, admirada en el último siglo casi al igual de las *Geórgicas* del poeta romano, los requisitos de los estercoleros, y el modo de salar el tocino y de curar los tumores y la sarna de los bueyes y de los cerdos? (1). Esto es hacer agravio á la poesía verdadera, y á tales desvíos del sentimiento poético conduce el abuso de las clasificaciones.

Todavía cabe descender en la escala de la poesía. Estos desmayados poemas didascálicos llevaban al cabo un fin provechoso. Pero hubo algunos hombres de ingenio que, sin elevación de miras, sin estro y sin entusiasmo, escribían fútiles versos, que, aunque desprovistos de intención, de gala y de fuego, eran aplaudidos por una parte de la sociedad, indiferente ó frívola. Á esta literatura pueril y chusca, que podría llamarse literatura de la fruslería, pertenecen algunos de los escritos de *Nieto Molina*, de quien ya hemos hablado, y del *bachiller Alejo de Dueñas*. Fué el nombre completo de este semiencubierto poeta, *don Juan Manuel Alejo Manzano, Trigueros, Dueñas y Lujan*. Nació en Madrid, por los años de 1740. Estudió gramática y retórica en el colegio de jesuitas de Ocaña, filosofía en Sigüenza, leyes y cánones en Alcalá de Henares, donde se graduó de bachiller. Vivía en 1790. Residió en Madrid, dedicándose exclusivamente á la literatura, con el auxilio de la excelente librería que le dejó su padre don Manuel, curioso en esto, como en reunir pinturas y otros objetos preciosos. Encubierto con esta especie de seudónimo, compuesto de su tercer nombre y de su tercer apellido, gozó de cierta fama. Pocas obras serias conocemos de este festivo poeta, y éstas nos parecen amaneradas y triviales. En la poesía burlesca y satírica demostró facilidad y cierto donaire. Publicó varias poesías sueltas en las revistas y periódicos de su época (2). Un cuento suyo, escrito con gracia y naturalidad, y con la pretension de imitar á Lope de Vega, se insertó en el *Memorial Literario* (3).

La obra del *bachiller Dueñas* que alcanzó mayor éxito, es el poema *Dánae, ó la crianza mujeril al uso*. Lo publicó en Pamplona, el año de 1787, llamándose *semipoeta*, lo cual cayó al público en gracia. Su objeto es moral, y se columbra que intentó imitar el estilo de las obras jocosas de *Quevedo*.

Con mayor razon que estos dos ingeniosos escritores que acabamos de mencionar, merecen ser contados entre los poetas frusleros, por el poco trascendental sentido de sus versos, otros dos hombres de valía: el *Marqués de Ureña* y el *Marqués de Méritos*.

Ilustradísimo, respetable y simpático, distinguíase notablemente por aquellos tiempos el de *Ureña*. No habia nacido poeta, pero escribía versos, porque estaba dotado de uno de esos entendimientos flexibles é incansables que todo lo abarcan y comprenden, y que no pueden vivir sin tomar parte en todas las manifestaciones del progreso humano. Pintor, poeta, músico, astrónomo, físico, arquitecto, mecánico, hombre industrioso en grado eminente, con igual diligencia y acierto se ocupaba en disecar legumbres y pastillas de carne para la navegacion, en dirigir la construccion de un edificio público, ó en labrar un órgano con sus pro-

(1) Véanse los libros II, III y IV del *Prædium rusticum*, del padre *Vanière*, que murió en 1739. Este pesadísimo poema latino, en diez y seis libros, fué traducido al castellano y á otras lenguas modernas.

(2) Además, *Rasgo épico en obsequio del excelentísimo señor don Bernardo Galvez, por la conquista de Panzacola*.— *Elegía en obsequio del excelentísimo señor don Martin de Galvez, presidente de Goatemala, por la conquista de Roatan*. Madrid, 1783; en 4.º (*Alvarez y Buena*, tomo III, pág. 323.)

(3) Marzo de 1788. No reimprimimos este cuento en la BIBLIOTECA, porque no lo consiente lo poco limpio del asunto.

Hé aquí una muestra de la poesía del *bachiller Dueñas*:

Á LA FORTUNA.

Soneto.

AMO.—CRIADO.

A.— Lésmes, ¿no oyes llamar? ¿Estás difunto?
Mira quién es, que así nos importuna.
C.— ¡Válgame Dios! señor, doña Fortuna.
A.— ¡Su excelencia en mi casa! Que entre al punto;
Pero aguarla un poquito; que barrunto
Que nos viene á engañar sin duda alguna;
Pues poner en los cuernos de la luna
Á un picaro y soltero es mucho asunto
C.— No señor; que trae mandos, dignidades,
Empleos, bodas, brillantez y gala.
A.— Dila si trae quietud, si trae verdades.
C.— Me ha dicho que de balde no regala;
Que con las dichas trae penalidades.
A.— Pues vaya su excelencia enhoramala.

pias manos (1), que en pintar un cuadro, ó en componer una sinfonía ó un poema. A falta de númen puro y elevado, de que en verdad no le habia dotado la Providencia, servía á *Ureña* de inspiracion el genial desembarazo y donaire de los andaluces. Sus poemas impresos son de índole burlesca y no poco rastrera, y si la posteridad los recuerda, no es como obras dignas, por título alguno, de aplauso y de renombre, sino meramente como curiosidades literarias, que caracterizan al poeta y á su época. Uno de estos poemas festivos del *Marqués de Ureña* fué publicado en Sevilla, en 1784, encubriéndose el autor con el supuesto nombre de *don Severino Amaro*. Está escrito en los versos llamados alejandrinos. El título es por demas peregrino y extravagante: *El Imperio del piojo recuperado*. El desenfadado poco ático del asunto y de las ideas, y lo premioso y monótono de la versificación, no alcanzan á ahogar del todo en este singular poema el ingenio vivo y satírico del *Marqués de Ureña*.

El otro poema es *La Posmodia, en cuatro cantos, por uno que lo escribió*. Es una composición burlesca, en que siguiendo la chanza literaria del *Regimiento de la Posma*, que inventó el *Marqués de Méritos*, coronel de este regimiento imaginario (2), hace un elogio satírico de la gente cachazuda y perezosa. En la portada hay, á manera de empresa, un elefante enjaulado, con este mote: *No sea que vuele*. El poema vale muy poco, y diríase que el poeta ha seguido al pié de la letra el propósito, que en tono zumbon expresa en el prólogo, de no enardecer su fantasía á fin de que el asunto y el estilo caminen de consuno. «Si tal vez, dice, me acometía un asomo de lo que llaman calor poético, me santiguaba, como si fuera tentacion, soltaba la pluma, y me abanicaba un tanto cuanto.»

La Posmodia está dedicada al citado *Marqués de Méritos*, como coronel de la *Posma*, en un soneto que termina de este modo:

Bien se encrespen del mar las bravas hondas,
Ó ya tiemble la tierra, ó ya por luengas
Grietas de fuego arroje hediondas lavas,

Estos mis votos son, sin más arengas:
Tú mantente lo mismo que te estabas;
Coronel, ni te vayas ni te vengas.

En un manuscrito, que tenemos á la vista, de este mismo poema, la dedicatoria está escrita en prosa. En ella apellida *Ureña* al *Marqués de Méritos* «serenísimo y tranquilísimo señor.»

En cuanto á poesía grave y elevada, poco conocemos del *Marqués de Ureña*. Á juzgar por las prosáicas *Estancias* que leyó en la academia de San Fernando, con motivo de la distribución de premios celebrada en 1787, no habia nacido el *Marqués* para cantar asuntos que requieren vuelo y entonacion. En las estancias se trasluce el hombre sensato y erudito, pero no el poeta. ¡Cuán pálidas hubieron de parecer en aquel acto solemne, en el cual con sorpresa y admiracion fué leída la célebre composicion de *Melendez* que empieza:

Dón grande es la alta fama.....,

y en el cual asimismo, para que la ocasion fuese más memorable, se presentó *Quintana*, de edad de quince años, á leer una oda, primicias de su noble ingenio!

Paisano y amigo del de *Ureña*, y como él, músico aventajado, fué el *Marqués de Méritos* uno de los hombres más dignos é ilustrados de su tiempo (3). Llegó á ser notable hablista,

(1) *Diccionario de personas célebres de Cádiz*, por don Nicolas María de Cambiaso.

(2) «El *Marqués de Méritos*, para acreditar la legitimidad del título de coronel del regimiento de la *Posma*, ideó hacer un viaje de Cádiz á Sevilla, invirtiendo en él un año, pues se iba deteniendo en el tránsito cuanto podia; hoy en la hacienda de un amigo, mañana en una poblacion, etc.»—(Nota del señor don Adolfo de Castro.)

(3) Nació en Cádiz, en el seno de la prosperidad, el 15 de Noviembre de 1735. Perlático, casi ciego, viviendo de oculto para esquivar las pesquisas de la policia francesa, que le perseguia, y privado de sus rentas, murió en Madrid, el 9 de Junio de 1811. Fué enterrado pobrisimamente, y quedó confundido su cadáver entre otros muchos, en el cementerio público.

Mantuvo larga correspondencia epistolar con el célebre compositor alemán José Haydn.

pero apenas merece ser citado entre los poetas, pues escribió pocos versos originales. Tampoco puede darse su nombre al olvido, porque contribuyó, con su amor á las letras y con su sano criterio, á desterrar de la poesía la oscuridad y el amaneramiento. En su viaje á Italia aprendió con tal perfección el italiano, que acabó por versificar en este idioma con la misma facilidad que en castellano. Así lo demuestra la traducción italiana que, á ruegos de la Duquesa de Alba, hizo del poema de Arriaza, *La Compasión*. Su ingenio era pronto y agudo, y tal vez se habría dedicado el Marqués con mayor gloria al cultivo de la poesía, á no hallarse engolfado de continuo en polémicas científicas y literarias, que absorbían y recreaban su ánimo. El Marqués de Méritos fué quien hizo aquella natural y feliz traducción del famoso epitafio burlesco:

*Ci git Pyron, qui ne fut rien,
Pas même académicien.
Aqui yace Piron, que nada era,
Ni académico siquiera.*

Y lo recordamos aquí, no por el valor de obra tan insignificante, sino porque fué muy celebrada, y atribuida equivocadamente á Vargas Ponce.

La anécdota siguiente, referida por Cambiasso, puede dar alguna idea del ingenio vivo y desembarazado del Marqués de Méritos:

«En 1787 se dignaron los Príncipes de Asturias indicarle el deseo de que asistiese á las lecciones de su hija la señora Infanta doña Carlota. Finalizados unos exámenes que delante de toda la corte y del cuerpo diplomático sufrió la Infanta, se hicieron unos juegos de prendas, y Méritos se halló, por sentencia dada contra él, en el duro caso de decir un favor y un disfavor á la Princesa de Asturias, y de repente dijo:

Cuando habla Vuestra Alteza,
Tiene una falta,
Que aunque sensible á todos,
No la reparan.

¿Qué falta es ésa?
Es que acaba más presto
Que ellos quisieran.»

La Princesa, muy satisfecha, y queriendo sin duda poner en apuro el ingenio de Méritos, le mandó cumplir la sentencia tres veces más. Méritos, lejos de arredrarse, siguió diciendo, sin detenerse:

Tienes, yo lo confieso,
Mucho agasajo;
Mas con él esclavizas
Á los vasallos;
¡Cosa es de hechizo
Hacer de tantos libres
Tantos cautivos!

Que se guarde justicia
Quieres, señora,
Y luego con gran gracia
Tú á todos robas:

Robas afectos,
Atenciones.... y arrobos
Á todos ellos.

De disponer de haciendas
Y aun de las vidas,
Con arreglo á las leyes,
Eres muy digna;
Mas ¡de albedrios....!
Señora, eso ya pasa
De despotismo.

Se dejaba arrastrar por el espíritu controversista de la época, malgastando en insustanciales contiendas la fuerza y el calor de un entendimiento elevado. Yerro de don Juan Maruján en su traducción de la *Dido* de Metastasio (1); una traducción del conocido soneto, compuesto para una iluminación de Luca, que empieza:

Era di notte, e non ci si vedea,

(1) Esta controversia fué sostenida en Cádiz por el Marqués de Méritos, disfrazándose con el seudónimo de don Eugenio Sarmiento. Publicó con este

motivo dos opúsculos en verso, titulados, el uno *Impugnación á don Juan Maruján*, y el otro *Vindicación del célebre poeta Metastasio, y Apología de la Impugnación*; Cádiz, 1762. La ira con que sostuvo Maruján sus opiniones llegó á hacer ruidosa esta pugna. Tomaron parte en ella, en favor de Méritos,

y el singular problema de si comieron ó no carne los hombres ante-diluvianos, fueron tres cuestiones vigorosamente empeñadas y debatidas por Méritos, que llegaron á llamar la atención del público, y que pueden dar idea de la candorosa vehemencia con que en el siglo último fueron cultivadas las ciencias y las letras.

El Marqués de Méritos era hombre de humor festivo y muy dado á las bromas andaluzas. Así puede inferirse del imaginario regimiento de la *Posma*, de que se declaró coronel, para satirizar libremente la apatía y cachaza de algunas personas que, como el mismo Méritos dice, con la cantinela perpétua de *Mañana veremos*, pasan los meses y los años en procrastinaciones continuas, sin llegar nunca al término que apetecen. Por fútil que parezca esta especie de juego literario, merece ser recordado cuando se trata de desentrañar la vida intelectual del siglo XVIII, por el éxito singular é inesperado que tuvo la chanza del Marqués de Méritos; chanza que duró más de medio siglo, que tuvo eco hasta en el palacio de los monarcas españoles, y en la cual tomaron parte personajes graves del Estado. Fué uno de ellos el capitán general de los reales ejércitos don Antonio Ricardos. Cuando se hallaba éste al frente del ejército español que invadió el Rosellon, despues de declarada la guerra á la república francesa, el Marqués de Méritos, siempre jovial y chancero, ofreció á Ricardos un refuerzo de las pesadas tropas de la *Posma*. Cayó de tal modo en gracia esta humorada al esclarecido y agudo general, que contestó á Méritos enviándole unas instrucciones chistosísimas para el servicio de los soldados auxiliares, parodiando las reales Ordenanzas, como era indispensable para adaptarlas á la índole peculiar de la *Posma*.

Entre los papeles de *Jovellanos* (1) hemos visto una festiva carta del Marqués de Méritos, en la cual copia un soneto italiano en cuatro versos, obra de don Nicolas Puccini, cadete de Guardias de Corps, y se regocija con la poderosa razón que da este digno prosélito de la institución de la *Posma* para que su soneto no conste de mayor número de versos.

Hé aquí el soneto:

*Santa poltroneria, nume gradito,
Degl'uomini piacer, gioja e diletto,
Io ti consacro questo mio sonetto,
Che per poltroneria non ho finito....*

CAPÍTULO XV.

El prosaismo desciende de su apogeo.—El canónigo Huarte.—Rodríguez de Arcllano.—Don Ramon de la Cruz.—Gonzalez del Castillo.—Poesía enfática.—Norofia.—Sanchez Barbero.—Cienfuegos.—Moratin (Leandro).—Quintana.

Ya cercano á su término el siglo XVIII, aquella calamidad del prosaismo, que no fué menos implacable enemiga de la buena poesía que lo habia sido en otros tiempos su antítesis, el gongorismo, empezó á descender del apogeo en que se habia encontrado en los últimos años del reinado de Carlos III y en los primeros del de Carlos IV. La crítica no se hizo más libre y desembarazada, pero sí más severa y exigente. Entonces, como siempre, la audacia hacia escribir poesías á muchos que no habian recibido del cielo misión tan delicada; pero ya no se granjeaban fácilmente celebridad gloriosa sino aquellos que estaban dotados cuando ménos

muchos literatos insignes, entre ellos don Diego de Torres, don Pedro Rodríguez de Campománes, don Agustín de Montiano y don Luis José Velazquez.

(1) Manuscritos de la colección del señor Marqués de Pidal.